

II.

Juárez, que había cambiado desde la organización política de su pueblo hasta la organización civil de la familia; que había removido desde los grandes capitales de la Iglesia hasta las conciencias de sus creyentes, tendría que sostener otra lucha titánica y en condiciones peores que la primera, pero que el deber de patriota y de ciudadano le impulsaría aceptar sin medir las dificultades ni vacilar ante los riesgos de un desastre completo.

En esta lucha peligraban no sólo las instituciones y sus principios, sino algo más, lo fundamental, como era la integridad é independencia nacionales.

Había triunfado en la guerra interior, en que se mantuvo erguido, sereno é incorruptible, en que su honradez surgió sin mancha, como esas flores que brotan limpias del fondo del pantano, en que su prestigio aumentó con su probidad, en que la entereza de su carácter y su tenacidad de indígena para no doblegarse ante las volubilidades de la suerte, lo mantuvo siempre digno, siempre firme, siempre mirando de frente al destino.

Ahora ante nuevos peligros, ante nuevas vicisitudes, su prestigio de hombre de acción y de firmeza irreducible se vería sometida á nueva prueba de la que, como era de esperarse, saldría avante y traspasaría los límites de nuestras fronteras.

La guerra extranjera lo sorprendió en la actitud de las águilas acostumbradas á las luchas impetuosas con las tormentas, y, ni los dardos extranjeros, ni el de los traidores fueron capaces de desprender un plumón de su broncíneo plumaje que siempre fué invulnerable á las tormentas de las pasiones humanas.

*
* *

Mientras que en México luchaban dos gobiernos, el de Miramón, que no tenía más legalidad que la que le daban sus cañones, y el de Juárez que tenía la fuerza de la Constitución, dada y sostenida por el pueblo, en el exterior se seguían con interés las peripecias de esta lucha y se condensaban los peligros para una intervención en nuestro revuelto país, atraída por la ciega obstinación del partido Conservador en sobreponerse á la opinión pública y á la voluntad soberana del pueblo.

Estos peligros se presentaban por el Norte, en los Estados Unidos, y por el Oriente, en Europa, particularmente por las gestiones que se hacían en la Corte de España.

En efecto, desde 1853, como dejamos dicho, Santa-Anna intentó establecer una Monarquía bajo el protectorado de España, y para el efecto autorizó á Gutiérrez Estrada para que hiciera las gestiones necesarias cerca de las Cortes europeas, particularmente de la española.

Posteriormente, y cuando el partido reaccionario fué vencido, las gestiones fueron más activas, fomentadas

eficazmente por Almonte, Estrada, Zuloaga, Murphy y Miramón.

La Europa no se decidía á intervenir temiendo el alcance de la doctrina Monroe, y por falta de un pretexto que justificara aparentemente esa intervención, por más que los Ministros de esas potencias en México, expusieran á gritos las peores ideas respecto de nuestras revueltas, y la necesidad de poner al país en orden.

Por lo que respecta al peligro del Norte, también era amenazante.

En 1858 era Presidente de los Estados Unidos un *leader* del partido demócrata y por tanto interesado por la preponderancia del partido esclavista, que para contrapesar la preponderancia del Norte ya nos había arrebatado este mismo partido una gran extensión de territorio, y no perdía oportunidad para nuevas expansiones. Este *leader* era Mr. Buchanan, quien en su Mensaje de ese año, decía: "Existe hoy, sin duda alguna, suficiente causa para el recurso de la guerra contra el Gobierno que se halla funcionando en la Capital. Si llegase á conseguir el triunfo sobre las fuerzas constitucionales, habrá cesado entonces toda esperanza racional para el arreglo pacífico de nuestras diferencias, etc."

En 1859 decía: "En vano acudimos al Gobierno constitucional de Veracruz, pidiendo la debida reparación, y que está bien dispuesto á hacer justicia. Mientras que su autoridad está reconocida en todos los puertos importantes y en las costas de la República, su poder no se extiende á la Ciudad de México ni á los Estados que le son vecinos, en donde han sido cometidos los

ultrajes recientes contra ciudadanos americanos. Debemos penetrar al interior para poder llegar á donde están los que nos han ofendido, y esto sólo puede hacerse pasando al través del territorio que ocupa el Gobierno constitucional. El modo más aceptable y menos difícil de llenar tal objeto, sería obrar de concierto con aquel Gobierno. Creo que su consentimiento y ayuda se podrían obtener; pero si así no fuese, nuestra obligación de proteger á nuestros propios ciudadanos en sus derechos asegurados por tratados, no sería menos imperiosa. Por estas razones recomiendo al Congreso que expida una ley que autorice al Presidente, bajo las condiciones que parezcan convenientes, para emplear la fuerza militar suficiente para entrar en México, con objeto de obtener una indemnización por lo pasado y seguridad para lo futuro, etc." y más adelante terminaba así: "Si nosotros no lo hacemos (intervenir), no sería sorprendente que alguna otra nación acometiese la empresa, y entonces se nos obligará á intervenir al fin bajo de circunstancias de crecientes dificultades para mantener nuestra política establecida."

El Sr. Lic. Zayas Enríquez, de quien tomo estos datos, los comenta así: "Como se ve, la disyuntiva era fatal; si triunfaba Miramón con el Partido Reaccionario, intervenían inevitablemente los Estados Unidos. Si triunfaba Juárez con el partido Constitucionalista, intervenía inevitablemente la Europa.

Juárez triunfó; la Europa intervino."

*
* *

No necesitamos detenernos aquí para exponer los pretextos invocados por la Europa para justificar ante el mundo su conducta. La Convención tripartita de Londres tuvo por objeto intervenir en México para proteger á los súbditos de las tres potencias, y para asegurar el pago de las deudas pendientes que se habían dejado de abonar por el estado de guerra en que se encontraba el país. Respecto al primer punto, ya se había hecho completa justicia, y respecto del segundo, México ofreció que se pagaría, como en efecto lo verificó.

Por las liquidaciones practicadas en 1862, la República debía:

A ingleses	\$ 69.311,657.81 cs.
A españoles	9.460,986.29 „
A franceses	2.859,917.00 „
	<hr/>
Total	\$ 81.632,561.10 cs.

En la deuda francesa están comprendidos los bonos del negocio Jácker emitidos por Miramón en 1859, sin carácter internacional; de manera que deduciendo el importe de ese negocio y las cantidades que del fondo especial de amortización habían recibido, sólo se les debían \$200,000.

Como se ve, Francia era la que menos motivos tenía para hacer causa común con las otras potencias, para

reclamar este pago; pero ya se ha dicho, ese fué el pretexto; la realidad era el establecimiento en México de una Monarquía, apoyada por Napoleón III, ó el apoderamiento de una parte del territorio para colonias.

*
* *

¿Cuál era la situación económica del país al entrar el Señor Juárez en México en 1861?

No es aventurado asegurar que era la más difícil, á pesar de la nacionalización de los bienes del clero que no produjo al Erario sino nuevos compromisos.

Además, el país había soportado día por día durante tres años consecutivos una guerra costosísima; el comercio estaba enteramente paralizado; la seguridad de las vidas y de las propiedades estaba á merced de las bandas reaccionarias que habían quedado en las serranías, y de los foragidos que titulándose conservadores ó liberales, saqueaban y asesinaban en nombre de la religión ó de la libertad.

Las arcas del Erario estaban enteramente vacías, y cegadas las fuentes que suministraban los exiguos recursos con que apenas se cubrían las más urgentes necesidades del servicio público.

Los servicios de la deuda pública habían dejado de hacerse, lo mismo que el de los réditos vencidos; en suma, toda la Administración estaba desorganizada, sobre ningún negocio se tenían antecedentes y solo la honradez y sabiduría de los Señores, Iglesias en la Oficia-

lía Mayor de la Secretaría de Hacienda y Mariscal en la Oficina de Desamortización, pudieron hacer alguna luz en el despacho de todos los negocios que por ser muchos y de tendencias opuestas algunos, dificultaban la marcha administrativa y fomentaban la oposición al Gobierno.

Además, el 1º de Enero de 1861, González Ortega había entrado en la Capital ai frente de un ejército de 28,000 hombres que formaban el grueso del Ejército Constitucionalista y al que no era posible licenciar, porque debía ocuparse en extinguir á los reaccionarios que quedaban en las serranías y á las partidas de bandideros que infestaban todo el país.

Había, pues, que pagar, alimentar y vestir á ese enorme ejército, lo mismo que á las guarniciones de otros puntos, y esta sola consideración bastaba para presentar el problema sombrío y amenazador.

A esta urgente necesidad, vinieron á agregarse las amenazadoras exigencias de los acreedores ingleses, españoles y franceses por lo que se había dejado de pagar de capital y réditos vencidos, que no fué posible cubrir puntualmente por el estado de guerra que había interrumpido el despacho normal de los negocios.

En circunstancias tan apremiantes, se expidió la famosa ley de 17 de Julio de 1861, por la que se suspendía el pago de las deudas reconocidas por las convenciones extranjeras, durante un período de dos años, tiempo que se creía necesario para atender á las más imperiosas necesidades interiores y para reorganizar la Administración pública.

Esta fué la chispa que produjo la catástrofe.

Este fué el pretexto tan esperado por los Ministros extranjeros residentes cerca del Gobierno de México, que agregado á la expulsión de los Ministros de España, Guatemala, el Ecuador y del Nuncio Apostólico, formaron el expediente de que se sirvieron la Europa y el partido Reaccionario, que no desaprovechaba oportunidad para provocar la intervención.

Después de las amenazas de los Ministros de Francia é Inglaterra, estos arriaron sus pabellones y quedaron rotas las relaciones con el Gobierno de México.

Este acontecimiento fué sensacional tanto en el país como en el exterior, particularmente en los Estados Unidos, no obstante estar preocupados con las dificultades que traerían la gigantesca guerra Separatista.

A pesar de estas dificultades, el Gobierno Americano quiso apartar de México las consecuencias de este rompimiento injustificado, y ofreció á nuestro Gobierno por conducto del Ministro americano residente en el país, Mr. Corwin, mantener el *status* de México como nación independiente é impedir la extinción de esta República. Para el efecto ofreció asumir el pago del interés al 3 p^o de la deuda consolidada, por el término de cinco años, con tal que México asegurase el reembolso del dinero pagado y de un interés de 6 p^o con el derecho de retención y luego de propiedad absoluta de una gran parte del territorio, que se especificaba, á falta de este reembolso, después del tiempo estipulado.

Habría sido una insensatez aceptar este ofrecimiento; el Sr Juárez prefirió esperar los resultados de ese

rompimiento, á comprometer al país, sin haber luchado hasta el último extremo.

*
* *

¿A qué detallar este asunto en el que jugaban la ambición de un banquero, que cobraba al Gobierno legítimo lo que había prestado al ilegítimo de Miramón?

Ya hemos dicho, que detrás de todos los pretextos estaba el proyecto de Napoleón, ó de apoderarse de la Baja California y Sonora, ó el de favorecer el establecimiento de una Monarquía.

Juárez conoció toda la magnitud del peligro; un abismo se abría para la Patria; ó aceptaba el ofrecimiento del Norte comprometiendo la integridad nacional, ó entregaba el país á las exigencias de la Europa.

Ante esta desesperada situación habríase procurado lo que el mismo Napoleón se procuró más tarde, un Sedán en donde rendirse, ó envolverse en el manto de la Democracia y exclamar como un nuevo Catón: "La Patria y la República mueren conmigo."

Si hubiese aceptado los ofrecimientos de ayuda material del Norte, habría atraído nuevos peligros para el país, y la prescripción del tiempo no lo habría alejado lo suficiente para el castigo y la deshonra; si se hubiese sometido á las exigencias de la Europa, sólo habría obtenido la absolución de la Historia, al doblegarse ante la fuerza.

Pero Juárez no era del híbrido abolengo del vencido

de Sedán; Juárez traía la filiación porfídica propia de su raza, todo el valor civil que les había faltado á los que huían, todo el conocimiento del deber que no tuvo el que rindió su espada en la tienda de los Hohenzolern, toda la constancia que faltó al gran suicida de la República Romana, y en la conciencia todo el porvenir de la América.

Nuestra causa estaba á la vista de todo el mundo que veía la justicia refugiarse en nuestros campamentos y también al honor, avergonzarse, cuando de la manera más impropia de una gran nación, se violaban los Tratados de la Soledad para penetrar al país, aprovechándose de las ventajas estratégicas que desde luego obtenían, debido á una concesión humanitaria.

Ante el peligro que se venía encima, no había que titubear para arrostrarlo, y Juárez no titubeó ni un instante.

¿Con qué elementos contaba? Con muy pocos; el aislamiento en que se vió México, fué desalentador; el apoyo moral de los Estados Unidos y de la Doctrina Monroe, por ese entonces se perdían entre el humo de los combates por la libertad de los esclavos.

No había esperanza de ningún auxilio exterior, ni del cielo, porque ya á Dios lo esperaban los Obispos y traidores que viniese con el Padre Miranda entre los suavos de Laurencez.

Todos los elementos de defensa estaban agotados y toda resistencia parecía inútil; esto empeoraba á cada momento porque los traidores engrosaban las filas del invasor ó tenían en jaque á las pocas fuerzas del Gobierno en otros puntos que no debían abandonarse; en

suma, cuando todo se acumulaba en el horizonte para la gran tormenta en que difícilmente saldría bien el país, Juárez, con la majestad de la Ley Constitucional, con el pueblo que se había agrupado á su derredor y con la entereza de su carácter, capaces de sobreponerse á esos gravísimos acontecimientos, recibió sin inmutarse, la noticia de los primeros disparos en las cumbres de Acultzingo.

Ya no había remedio; la solución del conflicto la darían Zaragoza, Porfirio Díaz, Escobedo y otros, con el filo de sus gloriosas espadas.

Los acontecimientos que luego se desarrollaron, nos lo han narrado los muros de Puebla, bajo cuyos escombros sepultáronse los héroes que desde esa tumba nos enseñaron á morir por la Patria. Ahí hemos visto nosotros, ahí verán las generaciones que nos sucedan, las épicas sombras de Zaragoza, de González Ortega, de Berriozabal, de Porfirio Díaz y de todos nuestros héroes de la segunda Independencia.

*
* *

El 31 de Mayo de 1863, la suprema resolución de Juárez de defender al país de la invasión extranjera, hizo descender lentamente del Palacio Nacional la Bandera de la República, que debía llevar en su legendaria peregrinación á las regiones del Norte.

Organizada la comitiva, lenta y silenciosamente tomó el camino de San Luis.

Para los débiles de espíritu, para los cobardes y traidores, esa comitiva tuvo todo el aspecto sombrío de los grandes entierros; creyeron que se enterraba á la Patria, llevando entre los pliegues de su mortaja, la blusa roja del republicanismo.

Los escépticos decían: ¿con qué elementos cuenta Juárez para no someterse al peso brutal de los acontecimientos desgraciados para su causa? La guerra necesita el nervio de la resistencia, el dinero; para el combate se necesita el soldado instruído, alimentado y vestido, y para el éxito, el cerebro que organice y dirija. Pero á estas consideraciones se escapaba que á falta de dinero, ahí estaban los recursos del país, á los que se hecharía mano legalmente, cualesquiera que fuesen; que á falta de soldados, ahí estaban todos los campesinos, y que á falta de los Generales experimentados, estarían los hijos de la República.

Con esto se organizó la resistencia; se autorizó legalmente á los Generales Ortega, Patoni, Negrete, Díaz y otros, para que hicieran esa resistencia por todas partes; el patriotismo de estos hombres haría todo, formaría ejércitos, se arbitraría dinero y daría páginas de gloria á la Patria.

Entre tanto, Bazaine ocupó la Capital, tendió la escala para que Maximiliano asaltase el trono de Moctezuma y lanzó su ejército de franceses y traidores para la persecución del Gobierno Nacional.

La ley del terror abrió sus páginas sangrientas, y la historia se avergonzó de asentar en el crédito del Imperio, la serie de ejecuciones y de excesos, que todas

las represalias que pudo tomar la República, no serían suficientes para saldarlo.

Atila habría quedado satisfecho de la desolación sembrada por algunos jefes franceses; la barbarie de los tiempos primitivos se reprodujo en los campamentos de Dupin, Marechal y de otros.

*
* *

Mas la hora suprema de la justicia nacional debía sonar.

Al Imperio lo corroían las mismas intrigas de los que lo habían traído; no satisfechos los conservadores en su ambición de mando ni de influencia, ni conseguido que derogasen la ley de nacionalización, apareció el descontento.

Por el Norte y Sur del país se levantaba triunfante el Pendón de la República; Escobedo y Porfirio Díaz, Corona y García, eran las grandes fuerzas que encerraban al Imperio en un círculo de hierro en donde tendría que sucumbir.

Además, libres ya los Estados Unidos de la tremenda guerra que los había agitado, estuvieron en aptitud de ofrecer el apoyo moral que vino á abreviar esta contienda. Mr. Seward, Ministro de Relaciones americanas, en 6 de Diciembre de 1865, dirigió al Gobierno francés una nota en que le manifestaba el descontento de su Gobierno por la intervención en México, atacando á un gobierno republicano y elegido libremente por

la Nación. Terminaba así: "Tan injusto como imprudente sería, por parte de los Estados Unidos, tratar de destruir los gobiernos monárquicos de Europa para reemplazarlos por repúblicas, como nos parece injusto que los gobiernos europeos vengan á América para reemplazar el régimen republicano con monarquías ó imperios."

El resultado no se hizo esperar tan largo tiempo.

El 18 de Diciembre de 1866, salían las fuerzas de Napoleón por el puerto de Veracruz, dejando una atmósfera de odio y de rencor que sólo el tiempo ha venido á calmar.

*
* *

Maximiliano en su aislamiento, y después de vacilaciones, decidió sepultarse entre los escombros de su imperio, regresó de Orizaba para ir á Querétaro á desempeñar el último acto del tremendo drama.

En la mañana del 19 de Junio de 1867, Maximiliano, Miramón y Mejía caían en brazos de la muerte, con la horrible mueca de quienes pagan en un instante con las miserias de sus vidas, toda una cadena de crímenes y de oprobios.

Tuvieron el honor de ser ajusticiados por la República conforme á sus leyes.

El transecurso del tiempo no podrá alejarlos lo suficiente para que no se estremezcan con los capítulos de acusación que la historia y la justicia formularon en su contra.

La capa de tierra que los cubre es muy delgada para que el remordimiento de los crímenes, de los dolores y de las desgracias que trajeron á nuestra Patria, no los exhumen, como hacen las hienas que asaltan un campo santo, en las sombras de la noche.

En la historia no caben, ni el olvido ni el perdón.

Siempre que á ella se recurra, reproducirá como en la pantalla un cinematógrafo, la misma escena: tres bultos que se revuelcan en un charco de sangre y junto á ellos, con los ojos fijos que los miran y las manos que los señalan, las sombras de sus víctimas.

Las generaciones que se suceden, por un sentimiento de respeto á los muertos, podrán apartar la vista de esa escena, pero siempre que la vuelvan, la verán trágicamente reproducirse.

*
* *

¿Cuál había sido la conducta de Juárez durante el curso de todos estos acontecimientos?

La que debía esperarse de un hombre de su temple que tenía la conciencia del deber.

Con la constancia heroica que inmortalizará su nombre, emprendió la legendaria peregrinación que jamás gobernante alguno ha emprendido en defensa de los derechos de su pueblo. Kruger, el venerable anciano, hundido con la independencia de su heroico pueblo, por las baterías inglesas, no hizo sino la primera jor-

nada de esa peregrinación que lo llevó á las selvas vírgenes del norte del Transval, para luego pasar de ahí á la Europa y presenciar desde un palacio, con la Biblia en las manos, con la plegaria en los labios y con las lágrimas en los ojos, la agonía y luego la muerte de su heroico pueblo. ¡Ah! ... las lágrimas derramadas por ese anciano ante la tumba de su patria, caerán como gotas de fuego ardiente en la conciencia de los imperialistas modernos!

Juárez no encontró límites á la resistencia; desalojado de San Luis pasó al Saltillo, luego á Monterrey, á Chihuahua para instalarse por fin en una cabaña de Paso del Norte.

Desde ese lejano rincón en el extremo de la República, dirigía la resistencia, alentaba á los patriotas, respondía con un grito de adelante á cada clamor de una derrota sufrida.

Por todo el país se luchaba desesperadamente; las cortes marciales que funcionaban sin descanso con la ferocidad entrañable de sus organizadores, no hacían sino alentar á la lucha para vengar las ejecuciones que se hacían por centenares.

*
* *

Como dejamos apuntado, el Gobierno de Maximiliano no correspondió á las aspiraciones del partido Conservador, por el contrario, todos sus actos tendían á confirmar la Reforma.

Por otra parte, la especie de tutela que Napoleón ejercía con su ejército cerca de Maximiliano, hacía que éste estuviese oprimido por esa dependencia que sostenía su posición en el trono y que debió presagiarle su aislamiento y luego su caída tarde ó temprano.

Esta situación tenía necesariamente que ser tirante, como en efecto llegó á ser, hasta el punto de que ni Maximiliano, ni Bazaine, ni los conservadores se entendiesen entre sí.

Por el lado de la Patria pasaba todo lo contrario; Juárez que seguía siendo el mismo en todas las situaciones, que había conservado toda su entereza, toda la serenidad necesaria ante la magnitud del peligro, seguía siendo el núcleo del patriotismo, el centro de todas las fuerzas en acción, la unidad en todas las aspiraciones, la voluntad que empujaba á la lucha, la fé que animaba á todos y que daba alientos en las agonías.

Su inmaculada honradez, su prestigio de patriota y su tenacidad inquebrantable que llegó á sobreponerse á los más esforzados luchadores, hicieron de su personalidad un símbolo ante quien los más poderosos jefes republicanos, como Díaz, Escobedo, Corona y otros, presentaron respetuosamente sus espadas victoriosas.

Si hubiese vacilado un momento y perdido la fé que animaba á todos, habría venido una pasajera desorganización que hubiera sido funesta á nuestra causa. Pero no, su gran carácter, su gran voluntad, su gran prestigio de ciudadano incorruptible, lo hicieron siempre el sol entre todas las órbitas, hasta que desapareció en el ocaso de la vida para surgir de nuevo en el cielo de la historia.

Algunos han querido hacer un descuento á estos grandes méritos, dando á la resolución suprema de 8 de Noviembre de 1865, por la que se prorrogaba el período de sus funciones presidenciales, el color de un golpe de Estado; pero no, porque desde entonces, la gran mayoría de los liberales, no solo aceptó esa salvedad á los preceptos de la ley, sino que la consideró saldora.

La realidad fué que la salvación de la Patria reclamaba no sólo esa salvedad, sino todas las que hubiesen sido necesarias. Antes que las fórmulas se necesitaba la acción; sobre todos los principios, estaba la existencia de la Patria. Juárez era la encarnación de la resistencia y el lazo de unión de los patriotas, luego era indispensable su permanencia en el poder sobre todas las fórmulas y sobre todos los preceptos.

Ese acto que ciertos políticos criticaron como si se hubiese verificado en una academia de Derecho, nosotros lo consideramos como un mérito, porque es meritorio que un hombre de principios y de convicciones los hubiese inmolado en bien del país; Juárez al ser infractor, se sacrificó con sus principios y sus convicciones para asegurar el éxito.

*
* *

He aquí la segunda parte de la obra de Juárez.

La rectitud geométrica con que llevó adelante su programa de defensa, como había llevado adelante el de la

Reforma, con elementos propios del país, tuvo grandes consecuencias para el epílogo de la lucha.

Rehusando el apoyo material en dinero y hombres, inclusive la victoriosa espada de Grant, que le ofrecía el Norte, apartó cualquier peligro que pudieran traer al país estos compromisos.

Para que el pueblo fuera libre, era necesario que fuese digno de su libertad; conquistándola con su vida y con su sangre, así sabría en lo adelante defenderla.

A la hora suprema de la justicia nacional, la República, libre de todo compromiso, obraría conforme á ella conviniera.

Por eso pudo Juárez permanecer inflexible ante las súplicas amenazantes de la Europa y aun de la misma intervención de los Estados Unidos para el indulto de Maximiliano; por eso pudo decir libremente: "... han padecido mucho por la inflexibilidad del Gobierno. Hoy no pueden comprender la necesidad de ella, ni la justicia que la apoya. Al tiempo está reservado apreciarla. La ley y la sentencia son en el momento inexorables, porque así lo exige la salud Pública."

No era que la República necesitase una víctima en que satisfacer su venganza; era una lección necesaria á la Europa conquistadora, de cómo se castigan en América los atentados contra los pueblos libres.

La Monarquía no volvería á aparecer en el Nuevo Mundo.

* * *

Juárez el Reformador, acababa de ser el salvador de un pueblo.

Grande en la Reforma y grande en la Intervención Francesa, tenemos derecho de considerarlo como una de las más grandiosas figuras que produjo la América al lado de Lincoln en el siglo XIX.

Después de 37 años transcurridos desde aquellos acontecimientos, aunque agitados por revoluciones intestinas, los pueblos latino-americanos, libres de los espectros de conquistas europeas, marchan por el sendero de la Democracia, que, como una vía láctea nos dejó Juárez á su paso por la vida de los pueblos, antes de transponer el horizonte de nuestros destinos.

Prisciliano R. Maldonado.

19 de Junio de 1904.



134522